

se batió heroicamente y perdió contra un centenar de cobardes franceses.

La historia de la presencia económica inglesa en México no es la de un apostolado franciscano pero tampoco se agota en los balances y utilidades de unos empresarios y la esgrima diplomática que los defendía. Es también la historia práctica de un hecho complejo, personal y colectivo: el del ímpetu empresarial que pasó por México dejando huellas que aún perduran y funcionan. Sin él, este país no habría dado el gran paso hacia el progreso material que trajo consigo el porfiriato. Las políticas económicas actuales no siguen lineamientos distintos. A un siglo de aquella apertura económica, intentamos lo mismo que aquellos hombres con menos cartas en la

mano: Su Majestad Británica no está allí para equilibrar el cuadro. Habría que examinar nuestra historia tomando distancia crítica, no del patriotismo sino del nacionalismo. Examinar, por ejemplo, las ventajas que en su momento arrojó la inversión extranjera y cotejarla con los costos que dejó lo que Meyer llama el “duro rostro del nacionalismo”. ¿Cuál sería el balance entre ambos? Lo ignoro. Sé que el reparto de la hacienda de la señora Evans era necesario por motivos sociales cuya profundidad y justicia ella no alcanzaba a ver, pero sé también que la forma en que se hizo -y la forma en que desde el nacionalismo se recuerda- pasa por alto, como si fuera un dato menor, la relación entre el individuo y su propiedad. Pueblos enteros

sufren ahora, y seguirán sufriendo, por la distorsión o erradicación de esa libertad elemental.

Con todo, la conclusión profunda de Lorenzo Meyer es válida para el período que estudia: México se consolidó como una nación con un destino propio gracias a la Revolución Mexicana, e Inglaterra -tan llena de historia, tan sensible a la historia- no supo entendernos. Para que la maduración continúe, la lectura de libros tan fundamentales como éste debe acompañarse con la de obras que, a riesgo de irritarnos, pongan en tela de juicio nuestras cómodas premisas nacionalistas. Si no, terminaremos creyendo que en México inventamos el fútbol. Y no: lo inventaron los ingleses y lo trajeron a las minas de Pachuca.

ADOLFO BIOY CASARES

Por FABIENNE BRADU

- Adolfo Bioy Casares, *Una muñeca rusa*, Barcelona, 1991, Ed. Tusquets, 179 pp
- Daniel Martino, *ABC de Adolfo Bioy Casares*, Madrid, 1991, Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 312 pp.

PARA LLEGAR A SER UNA OBSESIÓN, UN TEMA tiene que repetirse a lo largo de una obra, pero para que una obsesión sea seductora tiene que escribirse siempre como por primera vez. Esta podría ser la gran paradoja que realiza Adolfo Bioy Casares en cada nuevo libro, y tal vez el origen de su prodigiosa imaginación narrativa. Ya lo decía Bioy Casares en el Prólogo a *Fotospoco conocidas de gente muy conocida* “Tal vez yo me parezca a ese pintor de enseññas que sabía pintar perros, al extremo que si le pedían hombres o leones, eran más bien perros los que entregaba. A mí todo me lleva al tema de la inmortalidad.”

Una muñeca rusa se inscribe en el ciclo del escritor sentimental -irónico, es decir, como lo definió el propio Bioy Casares, “del que habla de lo que no profesa”. No hay sorpresas del lado de las obsesiones: la inmortalidad, el amor, los celos, la enfermedad o su grado inmediatamente anterior: la hipocondría, siguen siendo los “temas” que se encarnan en los últimos cuentos del escritor argentino. Lo asombroso está en el espectáculo de la imaginación narrativa, en su cada vez mayor maestría en la

difícil disciplina del cuento, en la libertad que el escritor va ganando de un libro a otro. Parece que Bioy Casares ha llegado a un grado tal de dominio del equilibrio entre la imaginación y la prosa, que se lo puede permitir **todo y** recibir en cambio la credulidad total de su lector. Los elementos fantásticos que de pronto rompen la tela realista de la prosa, se antojan a veces como esos payasos de juguete que saltan de sus cajas. En el cuento que da título al volumen y que juega sobre el irónico dilema entre el ascenso del gigoló y las pruebas de valor que absurdamente se cruzan en su camino, Bioy Casares hace aparecer, en el fondo del lago de Chambéry, “una enorme oruga azul, con ojos de gato; una enorme oruga que diligentemente, pero sin apuro, devoraba uno después de otro, al señor Cazalis, al zoólogo, al botánico”. Lejos de constituir un obstáculo para creer en el cuento, la oruga nos obliga a aplaudir la libertad desenfrenada del escritor, a maravillarnos ante esa imaginación que no le teme a nada, a “tragarnos” todo de la misma forma que la oruga engulle a los hombres que desafían su tranquilidad locknesiana.

Bioy Casares solía definir los cuentos fantásticos como las aventuras de la imaginación filosófica. Siento que, en algunos cuentos de *Una muñeca rusa*, la imaginación se desprende ahora de las ataduras de la inteligencia y se permite una mayor gratuidad, un vuelo que no tiene otro fin que el agradable paseo por cielos cercanos a los limbos de la infancia, cuando lo fantástico tiene una calidad y un espesor que muy rara vez perdura en las pesadillas adultas.

Lo mismo podría decirse del cuento “Bajo el agua”, en el que un médico transforma a su sobrina en salmón eternamente erotizado. Es un cuento en el que se reconocen las tradiciones temáticas de Bioy Casares: el amor, la inmortalidad, la intervención médica que permitirá alcanzar la doble eternidad. Pero, por la naturaleza misma del motivo fantástico, estamos un poco más allá de los cuentos anteriores que, con impecable realismo y lógica, desmenuzaban el remedio quirúrgico y su aplicación. “Bajo el agua” ya no huele a hospital ni descansa en derivaciones literarias de descubrimientos científicos, como sugería, por ejemplo, la reproducción “clónica”

de Máscaras venecianas. “Bajo el agua” se desliza hacia la magia pura, con una endeble justificación química, hacia los trucos de los prestidigitadores de smocking y sombrero de copa.

Las mujeres... Sucede, con los cuentos sobre mujeres, el efecto inverso a la concepción de muchos personajes de Bioy Casares sobre el género femenino: para ellos, las mujeres son irremplazables y, sin embargo, se reducen a unas cuantas caras, se asemejan a las muñecas rusas -“Trae adentro muñecas iguales, de menor tamaño. Cuando una se rompe, quedan las otras”-. Pero, en los innumerables cuentos de Bioy Casares sobre el reiterado tópico, la diversidad de los enfoques y de las tramas está en proporción inversa a la monotonía de la gens femenina. “Nuestro viaje (Diario de Lucio Herrera)” es un ejemplo magistral de la sentencia que, en *De diario y fantasía*, Bioy Casares atribuye a Enrique VIII: “Con una mujer u otra/ la vi& es la misma potra”. Estilísticamente, este cuento reproduce el “coitus interruptus” que es la vida de Lucio Herrera al lado de todas las mujeres que, si se distinguen por nombres diferentes, acaban siendo la misma pesadilla de frustración. Es, además, una admirable parodia del género del diario de viajes, en la que estaría ilustrada la frase de Bioy Casares: “el viajero es pájaro que viaja con la jaula”. En este caso, la jaula se llama Celia, Pilar, Justina, Luisita, Margarita...

Otra Margarita, más memorable, es la protagonista del cuento “Margarita o el poder de la farmacopea”, una de las “Tres fantasías menores” que cierran el libro. Se trata de una niña que, por exceso de tónico *Hieroplus*, acaba masacrando a toda su familia. Debería decir, en rigor, que se trata de un cuento sobre la asquerosidad del triunfo, el matiz moral que hay entre el triunfo y el deseo de triunfar, y los insospechados poderes de la farmacopea tradicional. Pero la solución del cuento que ya adelanté revela la pronta derivación del tema moral al terreno de la irrisión, tan particular de Bioy Casares, y que resuelve en unas escasas y magistrales páginas.

Si insistí en el leve giro de la imaginación que observo, o creo observar, en *Una muñeca rusa*, debo ahora recalcar la excelencia de la prosa que es en realidad el único sosten para emprender el vuelo de la imaginación narrativa. Bioy Casares ha alcanzado, aunque por vías

totalmente distintas, el estilo que elogia **ba en *El hacedor*, *El Congreso* y en *El informe de Brodie*** de Jorge Luis Borges: “un estilo fluido, íntimo, propio de conversación; para mí el más grato, el mejor de los estilos posibles”. El diálogo ocupa un lugar cada vez más importante en la prosa de Bioy Casares; es, según él, una forma de limitar la intervención del autor, de acercarse más a ese tono conversacional y fluido que pide como una virtud de la prosa, una manera de avivara los personajes y de encarnarlos en lenguaje.

Acompaña la salida de *Una muñeca rusa*, los premios y la gloria que finalmente consagra la obra de Bioy Casares de modo unánime y hasta escandaloso, la publicación de un libro inteligente y ameno, que se debe a Daniel Martino: *ABC de Adolfo Bioy Casares*, editado por la Universidad de Alcalá de Henares. Más que buenos críticos, Bioy Casares ha tenido últimamente excelentes *factotum*: Marcelo Pichon Rivière, el autor cómplice de *La invención y la trama*, la antología anotada que publicó en 1988 el Fondo de Cultura Económica, y Daniel Martino, el responsable del *ABC de Adolfo Bioy Casares*, que es seguramente un libro que a Bioy Casares le hubiera gustado hacer pero que, por su legendaria timidez y modestia, nunca se atrevió a cometer. El *ABC...* es una suma organizada por tópicos de frases y párrafos del escritor argentino, extraídos de su obra publicada e inédita o de entrevistas. Lo que nadie hizo con Toulet, para el pesar de Bioy Casares- “Habría que redactar el pensamiento que Toulet prometía y no daba”-, Daniel Martino lo hace con el pensamiento de Bioy Casares, un pensamiento que se expresa en muy diversas modulaciones y que responde muy satisfactoriamente a la petición que formulara el escritor en *Guimalda con amores*: “... la ambición trivial de redactar un volumen de pensamientos decorativos y epigramáticos, una obra alegre y, por eso, valiente, libre de todas las vulgaridades, aun de las propias de la ironía, libre de todas las lentitudes, aun de las propias de la verdad.”

Lo que llama la atención al recorrer tantos años de reflexión y de juicios es la fidelidad, más que a un pensamiento, a una postura moral y por ende, como decía André Gide, estética. En efecto, para Bioy Casares, moral y estética se

confunden en una misma aspiración: el compromiso con la literatura que está dentro de la vida, que es una parte de la vida. “Por de pronto -explica Bioy Casares en una entrevista de 1973- estamos comprometidos con nuestra conciencia y, casi más acaloradamente, a favor y sobre todo en contra de algunas opiniones. Luego está el compromiso del cuentista y del novelista de mantener fidelidad a una suerte de idea platónica de la historia contada. Por último, el compromiso global de la profesión, una cortesía con el lector, que nos obliga a escribir claramente y lo mejor que podamos.” El *ABC...* es una lectura aleccionadora y reconfortante, no tanto por las “recetas” o esas cuantas opiniones que hay que tener para escribir, sino por la reiteración y el cumplimiento del trabajo bien hecho. Bioy Casares lo expresa a menudo bajo la forma de la cortesía, de la elegancia, en fin, de una civilidad del estilo que es, en nuestro continente, una perla rara en medio de la exuberancia de los diamantes y de las esmeraldas.

En “Máscaras venecianas”, Bioy Casares había escrito que la imaginación, más que la inteligencia, es el verdadero estorbo para la felicidad. No obstante, creo que Bioy Casares puede sentirse feliz por haber escrito en su obra este gran homenaje a la imaginación.



Retrato de Olga, óleo, 1982.